CAPITULO XI

La Condenada.

Desde su más tierna infancia el señor duque de Rudelame-Cartagena había tenido la misma cabeza de buho.

En la escuela, antes de la Revolución, sus jóvenes camaradas imitaban el canto de aquella poco simpática ave, sólo por hacerle rabiar.

Las burlas de la primera edad son peligrosas. Tal vez influyeran en toda la vida del bisabuelo de Elvira.

En este punto, sin embargo, no hacemos afirmación alguna.

Cuando abandonó á la joven parturienta de la calleja sombría, donde no había podido satisfacer su crueldad, siguió á lo largo de la calle de Sevigné, buscando un hombre de la clase del pueblo que le prestara sus vestidos.

De ellos tenía necesidad para la realización de sus proyectos.

No lejos de la calle de Port-Royal, se fijó en un mozo de cordel sentado en un guardacantón.

Para no perder tiempo en inútiles discusiones, le mató de un tiro disparado con una escopeta de aire comprimido y le despojó de sus harapos.

El viento era tibio y pesado. Gracias á ello, el abuelo de Elvira se libró de un catarro, porque las prendas que usaba el mozo de cordeleran un poco ligeras.

Una vez disfrazado, entró en una taberna próxima al impace del mercado de Santa Catalina. Allí su traje ducal le hubiera embarazado.

En aquella taberna se reunían habitualmente los enemigos del doctor Fondant, que vivían en aquel barrio.

Sabía que allí había de encontrar á Coloquinto del Plato de Estaño; á Sorribel, de la calle de Artes y Oficios, y tal vez á Pie de puerco, el tigre del impace próximo á la taberna.

Por una rara casualidad no encontró más que á Montaroux, un debutante, simple chacal de la Villette.

Por medio de signos conocidos se descubrió á él.

—Maestro—le dijo Montaroux—, todos los hermanos han partido á la caída de la noche hacia el palacio de Rudelame-Cartagena, que ha sido presa de las llamas. A media noche los encontraréis en los subterráneos que corren por debajo del río.

El duque le dió una bolsa llena de oro, y respondió:

—No lejos de aquí existe una parada de coches de punto. Elegid un cochero amigo de las libaciones, atraedle á una taberna de mala fama, hacedle beber, y cuando le hayáis sumido en la embriaguez, ocultadle bajo la mesa, después de haberle cosido á puñaladas previamente.

Montaroux se estremeció por no estar aún lo bastante endurecido.

El bisabuelo de Elvira dejó asomar á sus labios una sonrisa de desprecio.

—Reprime esos estremecimientos insensatos, si pretendes hacer carrera—prosiguió—. Después tomarás los vestidos del cadáver...

Montaroux volvió á estremecerse.

—¡Insensato!—murmuró el viejo—. Aquí donde me ves, voy adornado con los despojos de mi última víctima, que probablemente estará caliente aún. A estas cosas se acostumbra uno como á todas... ¡Estás pálido como un muerto!... ¡Oh, joven! ¡Si vacilas, teme un castigo severo!

El infortunado Montaroux vió el crick malayo que salía de uno de los ex bolsillos del difunto mozo de cordel, y cayó de rodillas.

—Asesinaré al cochero, aunque sé que todos ellos son padres de familia.

—Perfectamente... Una vez disfrazado, te sentarás en el pescante del coche de plaza en el sitio dejado por el muerto é irás á estacionarte en la esquina de la calle de Sevigné... ¿Conoces la casa de la Justicia?

—Sí, maestro.

—No perderás de vista un solo instante la puerta de esa casa, y si ves salir á una joven con un niño recién nacido en los brazos, darás en seguida la señal.

—¿Qué señal?

—¿Sabes imitar el graznido del pato?

—Sí, maestro.

—Imítalo.

Montaroux obedeció. El duque quedó satisfecho.

—Tienes más capacidad de la que suponía—

dijo—. Imitarás tres veces el graznido del pato y vigilarás asimismo la casa de enfrente. Si ves entrar á Mustafá ó á otro de los adeptos de Fondant encenderás esta luz de bengala.

—Sí, maestro.

—Escucha aún. Cada vez que veas pasar á uno de los nuestros, producirás un silbido idéntico á los de la culebra de Cascabel, y cuando se aproxime, le dirás: «el maestro está en el café de Rohan viendo jugar al billar».

Después de pronunciar estas palabras, el bisabuelo de Elvira volvió á ponerse sus vestidos de duque, y se alejó á buen paso.

¿Será necesario decir que los diversos sucesos narrados en nuestros primeros capítulos, no pudieron ser vistos por Montaroux por habérselos ocultado la inmensa mole del carruaje de transportes?

Bajo tal aspecto, el asesinato del cochero fué inútil.

No nos hubiéramos tomado el trabajo de mencionarle siquiera, si no hubiera servido más tarde al desarrollo de nuestro drama.

.....

En un salón suntuoso y nobiliario de la calle de Grenelle, del faubourg Saint-Germain, una mujer de cierta edad estaba reclinada en un canapé.

Un joven de veintiocho años, notable por su pensativa belleza, la tomaba el pulso.

Ella era la princesa Troïka, propietaria de las minas de oro de Tobolsk. En él hubiérais reconocido fácilmente al aguador de las bodas precipitadas, al Coriolano de las ruinas de Palmira, al hijo de la Condenada, conocido en el universo entero por el nombre de doctor Fondant.

—Doctor—preguntó la dama con voz lánguida—, ¿habéis adivinado el mal de que muero?

—Sí, princesa—respondió Fondant.

Ella le miró con aire de asombro al par que de duda.

—Princesa—dijo el doctor, como respondiendo á aquella mirada—, de lo que no podéis consolaros es de la pérdida de vuestro hijo.

—¡Cielos!—exclamó Troïka—hombre sorprendente, ¿cómo podéis leer de ese modo en el fondo de los corazones?

—Mi ciencia llega á eso, señora.

Troïka suspiró.

—Me inspiráis tal confianza—sollozó—, que no vacilo en referiros mi conmovedora historia.

—Tengo alguna prisa—se apresuró á interrumpir el doctor—. ¿Es muy larga vuestra historia?

—La abreviaré.

La princesa tomó una postura agradable al par que cómoda, y comenzó así:

—Mi padre poseía la mitad de las minas de Tobolsk; el padre del príncipe de Troïka la otra mitad. Nos encontramos en un salón de la alta sociedad china. Me gustó, fuí adorada por él, y conformándonos con las conveniencias sociales, nos casamos. De esto hace treinta años menos seis meses.

Fondant estaba distraído, y no paró mientes en esta cifra que debía excitar su interés, porque en aquella época debió comenzar la generación espontánea que preparaba su nacimiento.

La princesa continuó:

—Mi marido y yo éramos muy aficionados á los viajes, y resolvimos pasar en Asia los últimos meses de nuestra luna de miel.

—En Asia—repitió Fondant, que pensaba involuntariamente en su cuna.

—No habiendo podido obtener el permiso del Zar, partimos secretamente y supimos, á orillas del Wolga, que el emperador de todas las Rusias me había condenado...

—¡Condenada!—repitió de nuevo el doctor.

—Me encontraba hermosa—murmuró Troïka bajando los ojos—y tenía culpables designios contra mi virtud. Pasamos la frontera y llegamos, después de largas jornadas, hasta las orillas del Eúfrates.

Poco después entrábamos en Arabia. Allí era

donde me esperaba la más espantosa desgracia.

Una tarde, hace de esto veintiocho años y nueve meses...

Fondant se estremeció de modo tan visible que la princesa se interrumpió para preguntarle:

—¿Qué tenéis, doctor?

—Nada, nada—respondió Fondant—. Proseguid.

—Los dolores de parto me sorprendieron en un lugar desierto, poco distante de las famosas ruinas de Palmira...

Por tercera vez el doctor la interrumpió para decir:

—¡Las ruinas de Palmira!

Y se quedó pensativo.

—Mientras yo sufría—prosiguió la princesa—, nuestra caravana fué atacada por una partida de los numerosos malhechores que infestan aquel pernicioso país. Los hombres de nuestra escolta fueron ferozmente despedazados y á las doncellas de mi servidumbre se las puso en aprietos terribles. A mi esposo le empalaron después de desollarle vivo, y sin detenerse ante el estado crítico en que me encontraba y que se respeta en las cinco partes del mundo, me hicieron objeto de los mismos tratos que habían sufrido las que hasta entonces pude llamar mis doncellas. En medio de tales torturas, dí á luz un niño del sexo masculino...

—¡Ah!—exclamó Coriolano con acento de ansiedad—. ¡Era un niño!

—¿Le habréis conocido por ventura?—preguntó la princesa en un impremeditado arranque de amor maternal.

Coriolano respondió con voz ahogada:

—¡He hecho más que eso!

Y presa de una indescriptible agitación añadió:

—Señora, yo creía ser fruto de la generación espontánea; pero todas esas circunstancias son de tal modo extrañas... Mi cuna fué hallada hace veintiocho años y nueve meses en las ruinas de Palmira...

—¡Demostrádmelo!—exclamó la princesa.

Fondant sacó de uno de sus bolsillos un trozo de mármol, que mostró á su interlocutora, diciendo:

—He aquí un fragmento de la columna en que se detuvo mi primera mirada.

—¡Reconozco ese pórfido!—dijo Troïka con un grito salido del fondo del alma—; pero yo había prendido á tu cuello una joya de coral acuático...

—¡Mi joven esposa lleva esa joya sobre su corazón!—interrumpió Coriolano á su vez—. ¿Quién podrá decir lo que ha sido de ella?

La princesa adoptó un continente reservado. Todavía dudaba.

Sin embargo, de pronto se puso en pie y dijo:

—En tu cuerpo debe haber una señal de nacimiento. Durante mi embarazo tuve vehemente antojo de comer cangrejos que, como sabes, la falta de agua hace rarísimos en aquellas soledades... Mi hijo sacó al nacer un cangrejo bastante claramente bosquejado, no lejos de la región umbilical.

La prueba no podía ser ni más sencilla ni más fehaciente.

El doctor Fondant se desnudó.

Un instante después la princesa caía en sus brazos.

Uno y otra pronunciaron frases inarticuladas entre las que sólo se percibían claramente estas dos palabras:

—¡Hijo!

—¡Madre!

Tan conmovedora escena se hubiera prolongado quizá, de no haber sido cortada bruscamente.

La puerta se abrió con estrépito y Mandina de Hachecor, cubierta de sudor, de polvo, de sangre y de lágrimas, pero hermosa á pesar de su poco aseo, se precipitó al centro de la estancia.

—¡Socorro!—gritó con voz ahogada.

Y haciéndose superior, añadió con delicada cortesanía:

—Hijo de la Condenada, dadme vuestra licencia.

– Te la doy—contestó Coriolano—. Habla que no me molestas.

Mandina entonces recobró su tono lacrimoso para seguir gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro! Se trata de una espantosa y múltiple tragedia. La casa de la Justicia ha sido asolada. Mustafá está herido, el gendarme muerto y Elvira...

—¡Mi joven esposa!—exclamó el doctor con terrible acento.

Los nervios de Troïka, en tensión desde hacía largo rato, no podían resistir más, y la princesa aprovechó aquel momento para caer desvanecida.

—¡Ternísima madre!—exclamó Coriolano precipitándose en su socorro.

En cualquier otro momento Mandina de Hachecor hubiese fijado su atención en el dramático episodio que se desarrollaba á su vista, pero entonces no tenía más que un pensamiento que la hizo exclamar:

—Un minuto perdido puede causar la muerte á la nuera de la Condenada.

—¡La Condenada! ¡Ahí la tenéis!...—exclamó Fondant en el colmo del abatimiento—. Esa es mi madre, á quien acabo de encontrar después de

veintiocho años y nueve meses... ¡Está bastante bien conservada! ¿No es verdad? Pues bien; se muere... Y allá abajo mi tierna esposa expira... ¿Qué hacer?... La situación no puede ser más delicada... ¡Mi madre! ¡Mi esposa!... ¡Piedad, piedad, Señor!

Por un instante quedó como anodadado; pero bien pronto su naturaleza vigorosa recobró su imperio, y tomando á la princesa Troïka en sus brazos, se lanzó hacia la puerta, diciendo:

—¡Mandina de Hachecor, guíame! Ya está resuelto el problema. No abandonaré ni á mi mujer ni á mi madre. ¡Ambas se salvarán ó perecerán juntas!

CAPITULO XII

Atroz carnicería.

Según nuestra invariable costumbre vamos á volver otra vez atrás.

El lector no ha podido olvidar las inflamadas epístolas recibidas por Elvira al partir las nueces que eran su único regalo en el tiempo en que se hallaba recluída en su cámara nupcial trocada en tumba.

Tales cartas dejaban adivinar bien claramente el estado del corazón de Boulet-Rouge. Amaba con el encarnizamiento de las bestias feroces, hasta el punto de haberse comprometido á ahogar á su esposa, para contraer segundas nupcias con el objeto de su pasión.

Esta circunstancia agravaba visiblemente la posición de Elvira.

¿Qué hubiera sido de ella sin la brusca oposición del generoso Mustafá?

Sin más testimonio que el de sus propios ojos le reconoció desde el primer momento. Anteriormente á su matrimonio había tenido con él algu-